

LAS CONFERENCIAS

DEL

P. JOSÉ ANTONIO DE SAN SEBASTIÁN

EN

PAMPLONA

AYER fué en Bilbao, hoy ha sido en la heroica capital de Navarra, mañana será aquí, y luego en todo el país vasco, donde el incansable religioso va despertando en las gentes, con el acento conmovedor de nuestros cantos populares, el amor intenso y efusivo a nuestra tierra hidalga, al espíritu que animó nuestra raza, a las leyes venerandas; costumbres y tradiciones que en el yunque de la Historia moldearon nuestra inconfundible personalidad.

Las conferencias del P. José Antonio constituyen el grito de resurrección que despierta a muchos de nuestros hermanos dormidos, alienta a no pocos escépticos, reanima y enardece a los fervorosos adoradores del santo ideal vasco.

¿Quién es el P. José Antonio?

A esta pregunta contesta en *El Pensamiento Navarro* una pluma prestigiosa que se oculta tras una B. incógnita, con un resumen biográfico lleno de interés y sugestivo encanto.

Léanlo nuestros lectores:

«El P. José Antonio es un religioso capuchino y un artista delicadísimo.

»Su biografía como capuchino es muy sencilla: niño todavía, ingresó en la benemérita Orden de San Francisco; hoy cuenta 28 años; en ese intervalo de tiempo su vida puede narrarse contando la vida del capuchino que tengas más a mano, lector amable.....

»Su biografía de *virtuoso* del arte no es menos sencilla ni más encantadora: el religioso se ha dado la mano con el artista en el portal del cenobio, tendiendo la vista sobre la crestería incomparable de nuestras montañas.

»El hijo del *poverello* de Asís, entusiasmado como su seráfico Padre con las bellezas de la Naturaleza, leyó en el libro de la Creación la grandeza de Dios y estudió la hermosura de nuestra raza con cariño de franciscano; sorprendió veneros de armonía en nuestros bosques; bebió inspiración en las puras cumbres y atesoró como avaro melodías ancestrales; el franciscano despertó al artista y dijo a sus oídos unas palabras de grandezas preñadas de amor y gloria.

»Y obedeciendo a sus arranques fueron de la mano el franciscano y el artista por los bosques umbríos, por las verdes cañadas, por las altas crestas, recogiendo cuidadosamente la inspiración de un pueblo músico; y entraban en los viejos caseríos, y en las bordas apartadas, y escribían los cantos de grandes y anónimos artistas, recogiendo con veneración perlas invaluables que descendían de los labios temblones de los viejos y de los *aitones*.

»El P. José Antonio ha contemplado con entusiasmo la música vasca en su fuente más pura. Los niños en sus juegos le daban composiciones incomparables; la madre cariñosa cuando a su niño le regalaba canciones que mañana oírá admirado el culto público de Pamplona; el *motil* brioso lanzando al aire sus puros cariños envueltos en notas sentidísimas enriquece la galería folklorista del franciscano; y los aires del viejo *chistu* caían dentro del pentágrama del artista egregio.

»Un día el franciscano quiso traer a la ciudad un chorro de vida pura, y ciñendo su sayal pardo con la cuerda blanca, tomó sus papeles y, dándoles un beso, se vino a Pamplona a decir a los hijos de la ciudad cómo tienen el alma sus hermanos de la montaña.....

»Y en nuestro primer teatro nos dirá de cómo se siente el amor, de cómo juegan los niños, de cómo se siente de cerca a Dios en las cumbres, de cómo duerme a su niño una madre amante.

»Y si cerramos los ojos tal vez oigamos un acompañamiento dulcísimo..... alguna voz secretísima que canta al unísono en nuestro corazón allá, hondo, muy hondo..... oigámosla.....

»La crítica cree ver en él a un Schumman, a un músico incomparable; lector, se le hombra con Grieg.

»Yo no sé nada de esas filosofías.

»¿No he hecho la biografía del P. JoÛe Antonio?

»Creo que sí: o si no, hazla tú con estos tres elementos: un franciscano, un artista y sobre todo un *errikoÛeme*.

Dos conferencias ha celebrado nuestro querido paisano y amigo el p. José Antonio en el Teatro Gayarre, de Pamplona, las noches del 3 y 4 de Julio del presente mes.

En la primera conferencia, después de la exposición de las características generales en la música vasca, estudió el tema primero «Canciones amorosas».

El programa de la segunda conferencia, abarcó: Canciones de cuna, Canciones festivas, Canciones satíricas, Leyendas cantadas, Canciones de ronda, Canciones religiosas y Zortzikos.

Ambas conferencias fueron esmaltadas con la interpretación de sentidos cantos a modo de modelos, cuya labor realizaron con gran brillantez los valiosos elementos del coro mixto que integran actualmente el veterano y laureado Orfeón Pamplonés.

Ambas conferencias han sido dos acontecimientos, de los que quedará inolvidable recuerdo en Pamplona.

Pero no vamos a detenernos en relatar el éxito clamoroso alcanzado con tan sugestivos, cultos y patrióticos actos; preferimos trasladar a nuestras páginas los autorizados comentarios que han sugerido al sacerdote Sr. Albéniz y que han visto la luz en nuestro colega *El Pensamiento Navarro*.

Seguramente que nuestros lectores agradecerán tal determinación.

(Continuará.)

LAS CONFERENCIAS

DEL

P. JOSÉ ANTONIO DE SAN SEBASTIÁN

EN

PAMPLONA

(Continuación.)

Dicen así:

I

Ante distinguido y numeroso público ha dado el P. José Antonio de San Sebastián dos notabilísimas conferencias sobre el canto popular vasco.

La labor que el P. José Antonio sigue realizando en sus mejores años, es de una significación muy honda, aunque no exenta de grandes dificultades. Esta labor, a la que yo considero bajo el doble aspecto del arte y de la patria, ha sido el tema que el ilustre musicólogo ha desarrollado en dichas conferencias, presentando al público un manojo de frescas y bellas flores musicales de nuestro país vasco, y disertando sobre el origen de ellas, sobre su desarrollo y sobre los caracteres principales que las adornan y que las hacen peculiares de nuestra patria chica.

El tema es atrayente; es musical y patrio.

Da grima verdaderamente contemplar esas joyas viejísimas de nuestro canto popular, que yacen en lo sombrío de nuestros valles y en lo solitario de nuestras montañas, sin más testigos que admiren su hermosura, fuera de los heroicos árboles de la selva, las empinadas crestas de las montañas y los sencillos labradores que, inconscientes de su valor, pero aferrados bellamente a sus tradiciones, las conservan.

El P. José Antonio se parece al hombre negociador del Evangelio que va en busca de buenas margaritas y en habiéndolas encontrado vende todo lo que posee y las compra. Así el joven y simpático donostiarra, sintiendo en el fondo de su alma las tradiciones musicales del país vasco, va en busca de estas preciosas margaritas y por montes y valles, por pueblos y caseríos, sigue preguntando por el objeto de sus ilusiones y lo encuentra, ¡quién lo dijera!, en lo más apartado del moderno vivir, en los humildes campesinos y en las sencillas *neskachas*. Fuente más pura y verídica no puede hallarse y al beber en ella el ilustre musicólogo las inenarrables ambrosías de los cantos populares vascos, se engolfa en su contemplación; arrebatada sus melodías, las transcribe en su cartera con el duro lápiz, las acaricia, las adorna con los mejores atavíos armónicos y ved, aquellas que parecían feas, son ahora hermosas y logra con ellas cautivar la atención del público que, enchido de entusiasmo, las ha aplaudido.

Es esta, además, labor patriótica.

En ella se estudia el carácter de cada pueblo, sus costumbres, su lengua, su literatura, presentando al canto popular como la encarnación más viva del modo de ser de un pueblo, sobre todo en el aspecto psicológico. Y creo que no es de escaso mérito aportar estas investigaciones artísticas y literarias para el estudio etnológico de un pueblo. Y esto es lo que con tanto acierto y entusiasmo viene realizando desde hace varios años el P. José Antonio de San Sebastián.

No es nuestro ánimo el estampar en estas columnas una fría y metódica reseña de las dos hermosas conferencias con que el ilustre musicólogo nos ha presentado sus trabajos sobre el canto popular vasco.

Los que hemos tenido el gusto de oírle no necesitamos de que nos lo cuenten y aquellos que no asistieron a estas simpáticas asambleas musicales, no se harán cargo de la labor realizada, por más que se la expongamos. Podrá satisfacer su justificada curiosidad leyendo íntegras sus dos conferencias que, según tenemos entendido, están a estas horas imprimiéndose.

Sólo deseamos poner de relieve ante nuestros lectores lo interesante de este estudio folklórico que realiza el P. José Antonio y que en apoyar este trabajo nos va en mucho, si anhelamos mantener vigorosa nuestra raza y aislar nuestro verdadero arte musical popular de las invasiones exóticas de canciones que, ni dicen nada musicalmente, ni pueden conservar puras y enteras nuestras gloriosas tradiciones.

De esto se lamentaba el P. José Antonio en su primera conferencia, anunciando a los de hoy, con buen conocimiento de causa, la lenta pero segura muerte del canto popular vasco en el mañana, si es que manos salvadoras no se aprestan a salvarlo de esta ruina. Lo que muchos han hecho en otros países ¿no lo podremos hacer nosotros en el nuestro?

Infinitos han sido los trabajos (y ya lo dice el conferenciante) que se han realizado en otros pueblos para evitar la total desaparición del canto popular, pues en todos ellos, así como en el nuestro, la canción popular ha sido un bello tesoro de inagotables riquezas musicales, y a conservarlo han dedicado sus esfuerzos talentos preclaros, enamorados de su patria.

Esta forma del arte musical popular es de origen antiquísimo y evidentemente contemporánea de las primeras manifestaciones intelectuales de la Humanidad.

Este arte primitivo está dotado de tal vitalidad, que ha subsistido a pesar de la civilización y es todavía el único arte musical de los aldeanos que han conservado las tradiciones y son de ellas los últimos depositarios.

Aunque el espíritu moderno haya influido en gran número de canciones de las que han quedado en la memoria del pueblo, aun se descubren en el repertorio de los cantos de la gente del pueblo tesoros de gracia y poesía, y con frecuencia una inspiración musical verdaderamente elevada.

Los cantos lésbicos de la antigüedad (600 años a. de J. C.), pueden considerarse como los precursores de la canción popular en su forma actual.

En Francia es notable por su gran diversidad el repertorio de canciones populares; ha conservado numerosos vestigios de canciones que se remontan a una fecha muy lejana. En los siglos X y XII se cantaban romances en lengua vulgar, que han quedado en la memoria del pueblo.

Inglaterra, Italia, Alemania y otras, son depositarias de riquísimas colecciones.

Rusia es quizá el país europeo más rico en canciones populares y de mas variados géneros. Las más antiguas son las *bylinas*, canciones épicas, algunas de las cuales se remontan al siglo XIII; las canciones *lentas*, las de *coro*, las de *bodas*, las de *calle*, las de *soldados* (*soldatskaia*), etcétera; como puede verse en sus principales coleccionistas Prath

(1790), Stanowitch, Kaschin y otros (siglo XIX). En los pueblos de Oriente no existe diferencia notable entre la canción popular y el arte lírico cultivado por poetas y músicos. Las melodías recogidas en Asia Menor y en Grecia por Mr. Bourgault-Ducoudray, presentan los caracteres del canto oriental.

La música de los árabes no se eleva mucho sobre el nivel de la canción popular.

En cuanto a los pueblos salvajes del Africa, América y Oceanía y de las regiones polares, si bien es cierto que conocen la canción popular, es asimismo exacto que este canto es muy rudimentario, componiéndose de algunas notas repetidas indefinidamente en ritmo monótono y sosteniéndose con palabras, que con frecuencia no son más que simples onomatopeyas.

No seré yo quien sostenga que la región vasca sea la más rica en cantos populares de las más diversas clases de asuntos (hay quien lo afirma), ya que en otras regiones de España la colección folklórica es abundantísima; pero sí que es una mina riquísima, casi inagotable, como lo atestiguan las múltiples colecciones que de ella se han formado desde la primera que lanzó Iztueta hasta Azcue.

Y he aquí en términos generales, después de expuestas las nociones primeras de la música popular, la cuestión que trata de abordar el P. José Antonio de San Sebastián, esto es, la investigación y transcripción y del verdadero y genuino canto popular vasco, siguiendo con ello y perfeccionando la labor de los coleccionistas eminentes que le han precedido.

El humilde y simpático Capuchino va por muy buen camino, poniendo en ello un empeño decidido y dando a la obra un sello de originalidad que subyuga, cual es la armonización bellísima con que adornas sus hallazgos musicales.

Examinaremos la manera con que realiza ésta su empresa, tal como nos la ha presentado en sus dos hermosas y nunca bastantemente alabadas conferencias, que han sido un verdadero éxito musical.

N. ALBENIZ, *Pbro.*

(Concluirá.)

LAS CONFERENCIAS

DEL

P. JOSÉ ANTONIO DE SAN SEBASTIÁN

EN

PAMPLONA

(Conclusión.)

II

En la región vasca, cuyas entrañas de tierra atesoran fecundísimas minas, hay también veneros de arte, que la hacen doblemente rica.

Parece que lo que tiene, lo tiene escondido.

Sus paisajes han precipitado en los lienzos bellísimos cuadros, con sus verdosas montañas, sus cenicientas nubes, sus melancólicas selvas y sus escenas típicas de fiestas.

Las costumbres de ella, el modo de ser de su pueblo, las viejas y puras tradiciones, la historia legendaria han abierto a la literatura, a la literatura popular, un ancho campo de explayación estética.

Y todo esto, en conjunto, es principalmente el alma del canto popular de los vascos, cuyas inspiraciones sublimes yacen, como en riquísimas minas, en lo escondido de las gentes sencillas.

Muy acertadamente ha dicho el P. José Antonio que él no venía a definir, en materia genesiaca, de los cantos vascos. ¡Mejor! Cuanto más desconocidos, tanto más venerandos, porque parece que por ellos nos hablan generaciones muy remotas.

Aunque no haya querido definir en la materia, sí ha concretado hechos y ha aportado materiales para la investigación del genuino canto popular vasco.

Sabido es que el canto popular es la unión íntima de un poema lírico con la música, donde en lugar de las palabras habladas, aparecen éstas cantadas, ya que los elementos del lenguaje se convierten en música real y verdadera, por medio del ritmo y la melodía. Por lo general expresa la canción popular un estado subjetivo del ánimo; las alegrías y las tristezas, los goces y las penas, la contemplación de la Naturaleza; toda clase de sentimentalismos; estos son los asuntos propios y genuinos del canto popular y únicamente violentando su naturaleza han podido ser objeto del mismo el razonamiento filosófico, el epigrama o el sarcasmo.

El elemento dramático se observa por vez primera en canciones de carácter bélico. Las canciones expresivas de desprecio o sarcasmo son también muy antiguas, pues datan de Arquilogo (700 años a. de J. C.) y origen más remoto podría atribuirse a las canciones de danza; sin embargo, las canciones aludidas no constituyen en rigor las primeras manifestaciones de la canción.

Es característica de la forma poética de la canción el encadenamiento de estrofas cantables con la misma melodía; la construcción musical consiste en unas pocas frases melódicas, sencillamente encadenadas, conservándose la melodía invariable.

Estas nociones generales del canto popular, aplicables en su mayoría al vasco, dan pie para examinar los diferentes géneros de música popular.

La canción *de amor*, una de las más extendidas entre todos los pueblos, está generalmente dotada de un carácter melancólico y sentimental; las *pastorelas*, proceden probablemente de otros cantos populares; las canciones especiales de los trabajos del campo y en general de todos los trabajos manuales, reproducen el ritmo y la cadencia de un trabajo más o menos violento; las de los labradores son melopeas lentas que se arrastran como el paso de los bueyes que caminan a su compás; las de los marinos se manifiestan en ondulaciones largas y simétricas como el balanceo de las naves; las de *danza* señalan los movimientos convencionales de las figuras coreográficas; las de *cuna*, con sus melodías sosegadas y monótonas hacen que el niño concilie el sueño; las *religiosas* conservan en todos los pueblos un lugar importante y en el cristiano casi el más principal.

Todos estos géneros de canto popular se hallan en el pueblo vascongado; y a éste, si antes lo he considerado como un inmenso yaci-

miento de preciosas joyas de arte, ahora quiero contemplarlo como un dilatado y florido vergel donde yacen, adornando el suelo y alegrando la vista, estas flores bellas de los cantos vascos.

Eamus deambulatum per rura florea; vayamos a pasear por los floridos campos ha dicho para sí el P. José Antonio, y recojamos esas gayas flores y con ellas fabriquemos un inmenso florón para depositarlo en el altar en que se esconden nuestras viejas tradiciones.

Y así es. El ha estudiado a los principales coleccionistas de los cantos populares vascongados y ve que, como es tan dilatado el vergel, se ha quedado en su suelo infinita variedad de flores musicales, y las va recogiendo, recogiendo con pacientísimo amor y las guarda de la inclemencia de los tiempos y de las pisadas de los incautos.

Muchos son los cantos populares que ha recogido de muchas variadas versiones aunque pocos son relativamente los que ha presentado al público, adornados con las encantadoras galas de su armonía, genial, característica, que hace de su talento músico uno de los más preclaros de nuestra joven escuela.

La sobriedad y veracidad en la transcripción, el acierto en la selección, el buen gusto, la finura, el aticismo en la presentación, la originalidad y delectabilidad en la armonización, he ahí las dotes principales con que el joven maestro se ha presentado ante el público en esta serie de conferencias.

Pongámoslas de relieve, siquiera sea en algunos de los números.

Uno de los números más encantadores es el primero de los que figuran en el primer cuaderno de «Preludios vascos» para piano publicado por el mismo Padre. Está en *si bemol menor* y es una encantadora melodía, ejecutada lindamente por el coro de voces blancas, acompañadas al piano por el Conferenciante e interpretada por el mismo al fin de la primera conferencia al piano sólo.

«Hijo mío, duerme un sueñecito; — si lo haces, te daré dulces — tu padre uno, tu madre dos y el Señor del Cielo muchos.»

Mas aun hay otra canción de cuna que supera a ésta en delicadeza y armonía imitativa del balanceo. Se titula «Txoriñoa Kaiolan». «Din, dan, din, dan, nuestro niño está llorando. Din, dan, dinguilín, dúngalan». Fué recogida hace tres meses en Maya (Baztán) a un mozo llamado de apellido Maritorena. La cadencia con letra *dinguilín dúngalan* es bellísima y hermosamente presentada por el P. José Antonio, con un mi persistente y una dulzura maternal, que convertían de la re-

presentación en una escena real, viéndose el niño ya dormido y mecido en la cuna con los blandos amores de la madre.

Sería tarea interminable el seguir analizando una por una las bellísimas canciones vascas que el P. José Antonio ha recogido y de las cuales algunas ha presentado al público.

Son ya más de 600 las que ha recogido en territorio vasco, que serán publicadas en breve, presentándolas como materia prima, de ulteriores estudios, para los cuales, dice muy bien el P. José Antonio, se necesita la vida de un hombre.

*
* *

El público pamplonés ha sido testigo de esta fiesta cultural.

Y ahora se nos ocurre preguntar: ¿por qué no había de repetirse con más frecuencia en Pamplona y en todo pueblo culto esta clase de fiestas? ¿No es verdad que muy pocas veces, como esta, se ha respirado en nuestros espectáculos ambiente tan espiritual y de emociones tan puras?

Comparad ahora esta fiesta con aquellas a que aludía no ha mucho en estas columnas mi particular amigo don Juan Arilla, hablando de la afición que hoy domina hacia los espectáculos y recreos a base de sensaciones fuertes y violentas, que, después de todo, como él muy bien decía, no traspasan los linderos del campo de la fisiología v. gr., la exhibición de películas de crímenes y abiertas procacidades; y la diferencia la encontraréis palpable, vosotros los que habéis asistido, en el fondo de vuestros corazones.

Terminamos felicitando al P. José Antonio por su esfuerzo de gigante en esta vasta empresa de la reconstitución del arte musical popular vasco.

También felicitamos a la meritísima sociedad coral «Orfeon Pamplonés», que con tanto acierto, desinterés y fino gusto ha contribuido a la organización y al esplendor de esta fiesta; y en particular a los solistas, Srta. Osés, Sr. Múgica y Sr. Egaña, presbítero, que interpretaron de modo admirable algunas de las canciones.

N. ALBENIZ, *Pbro.*
